



En los 25 años de la muerte de Gabriela Mistral

699992

Acaba de cumplirse un cuarto de siglo del fallecimiento de Gabriela Mistral, la sencilla y gran poetisa que tanta gloria dió a Chile y nos enriqueciera con una de las obras literarias de más alta valía dentro del habla castellana.

Dibujar su perfil humano y lírico, referirse a su vida retirada y simple enemiga de ese fácil estruendo que tanto aman algunos escritores, es tarea difícil, porque para trazarla se necesita una mano tan limpia, depurada y suave de rasgos, que tenga la osadía de llegar a su altura.

La maestra de Elqui, la educadora que estuvo a cargo de diversos liceos de categoría, entre ellos el de Magallanes, poseía una personalidad bella, fecunda y su prosa y su verso están llenos de una emoción que enriquece al que la recorre y se posa en cada línea, en cada estrofa y aún en cada palabra que nos legara.

Solitaria, no por indiferencia a un mundo y a un pueblo que amaba con extraña y conmovedora ternura, sino por recato, por sabiduría que enseña que la soledad es la espera de la riqueza que en ella va a penetrar, no hubo chilena o chileno que dedicara algún momento a leer algo de sus escritos, sin encontrarse con la serena y majestuosa compañía de un alma grande, generosa, abierta a todos para no restarse a ninguno.

De su poesía ya está prácticamente dicho todo. De su verso que empezó desbordante de dolor y de melancolía, fue brotando poco a poco una serenidad, una como alegría resignada, que a veces también vuelve a reiterar el acento fuerte, casi viril, de la protesta, del clamor y de la desgarradura. "Desolación", "Tala", "Ternura" y "Lagar", son el recordatorio de un alma que, en el trayecto que ella quiso serena, fue dejando caer su gota de acibar y a la vez traspasándola, de una sabiduría que la hacía mirar cada vez más lejos y a cada hora más alto.

El amor pasó por su vida, como lo demuestra la parte publicada por Sergio Fernández Larraín, de su epistolario, para mostrarle que estaba destinada a no ser comprendida. No encontró otro vaso en que su consagración límpida, noble, hecha de donación y de renuncia, pudiera ser derramada. Pero como no amaba

sólo a una persona determinada, a un ser excluyente y exclusivo, todo ese tesoro emocional tuvo la ocasión de convertirse en una especie de maternidad incontenible.

Sus poemas a los niños, que arrullaban en las "Canciones de Cuna" en numerosas leyendas o transparentes apólogos, como "¿Por qué los cardos tienen espinas?", o "Las cañas huecas", permanecerán como un ejemplo vivo de lo que es ser íntimamente infantil y transformar en madurez, sin alterarlos ni deformarlos, esos gozos y esas pequeñas penas que cruzan por la existencia indefensa de la niñez. Pero también amó el paisaje y nos dejó en "Desolación" y en "Tala", cuadros de paisajes chilenos que equivalen a un redescubrimiento del alma de la naturaleza, del colorido de una flor, del verdor refrescante de una rama, o de la desolación del árbol magallánico, batido por los huracanes y requemados por las nieves.

Su mirada supo volverse con fervor y exaltación a todo existente, tanto humano como artesanal. Elogió los oficios, especialmente los más duros y modestos, recalando lo que tiene de gotas de sudor, de pulsación estremecida de sentimiento, de huella de la mano que pasó por el hilo, el tapiz, la greda, la madera, y convirtió ese silencioso material, en tejido para vestir, en alfombra que adorna la habitación sencilla y modesta, en utensilio que auxilia las necesidades del hogar o en pilar de la casa donde un ser humano y su familia, alimentarian su intimidad, se defenderían de la intemperie y a menudo, en los inviernos, se reunirían en torno a la llama acogedora del brasero.

La descubrimos tarde en Chile. El primero en advertir y admirar su talento, fue ese gran mexicano que se llamó Vasconcelos quien, conociendo ya de su obra desde lejos, visitó un día Chile, quiso verla, dialogar con ella y la invitó a su extensa patria. Allí Gabriela fue lanzada al mundo de la literatura y sintió acentuarse su americanismo, su nativismo, adelantándose a descubrir lo que este continente tiene, en su raíz española, de mágico y de prodigioso, siendo en ello una precursora de Alejo Carpentier.

Perteneció, en recompensa tardía, a algunos cargos diplomáticos en que mostró la valía de Chile y conquistó amistades inalterables para nuestra tierra. Pudo también reposar, así, los últimos años de una vida fatigada, maltratada por muchas pruebas y tomar contacto con una Europa que le daría la certidumbre de su riqueza literaria y de los escondidos veneros de un idioma castellano al que enriquecería con giros y expresiones que lo hicieron aún más expresivo e insustituible.

Europa supo gustarla y admirarla. Por eso, cuando aquí la ignorábamos, discutíamos, le otorgó el Primer Premio Nobel que exaltaba a Chile, y nosotros vinimos a concederle un Premio Nacional de Literatura atrasado, en días en que ya otros la habían situado en las verdaderas alturas que habían ganado su grandeza y su arte.

Murió silenciosamente y sus obras quedaron entre nosotros y en el mundo, como una huella admirable de lo que Chile era capaz de producir, y que surgía de sus entrañas para repartir por todas partes más bondad, más amor y más belleza.

Reposa en su pueblo natal, al que nunca olvidó en sus días extranjeros y allí, encerrada bajo el polvo nativo, envuelta por la caricia de esa otra madre que es el terreno que formó nuestra frágil arcilla, una modesta vivienda, convertida en monumento nacional, y una estatua, hermana de la que en Viña le moldeara Nina Anguita, señalan que su vida fue un viaje a través del tiempo y de las glorias de Chile.

Ahora, veinticinco años después de desaparecida, la conocemos más, la sentimos más interiormente nuestra, y valorizamos lo que hizo por su patria, y por cada uno de nosotros.

No la lloramos, porque la sentimos vivir en su obra, y si alguna lágrima se nos escapa, es porque la arranca la melancolía de un verso, o si una sonrisa de ternura abre nuestros labios en presencia de un niño, es porque Gabriela sigue a nuestro lado, continúa fiel al Chile que aprendió a valorizarla muy tarde, pero al que llevó como un ramo de copihues sobre su pecho enmudecido.

FERNANDO DURAN VILLARREAL

En los 25 años de la muerte de Gabriela Mistral [artículo] Fernando Durán V.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán V., Fernando, 1908-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En los 25 años de la muerte de Gabriela Mistral [artículo] Fernando Durán V.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile